

JUNTAS DE GOBERNADORES ● REUNIONES ANUALES DE 2000 ● PRAGA, REPÚBLICA CHECA

FONDO MONETARIO INTERNACIONAL

GRUPO DEL BANCO MUNDIAL

BANCO INTERNACIONAL DE RECONSTRUCCIÓN Y FOMENTO

CORPORACIÓN FINANCIERA INTERNACIONAL

ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE FOMENTO

CENTRO INTERNACIONAL DE ARREGLO DE DIFERENCIAS RELATIVAS A INVERSIONES

ORGANISMO MULTILATERAL DE GARANTÍA DE INVERSIONES

J

Comunicado de prensa No.1(S)

26–28 septiembre 2000

Discurso del Sr. **VACLAV HAVEL**,
Presidente de la **REPÚBLICA CHECA**,
ante las Juntas de Gobernadores del Fondo Monetario Internacional
y el Grupo del Banco Mundial,
en las deliberaciones anuales conjuntas

**Discurso del Sr. Vaclav Havel,
Presidente de la República Checa,
ante las Juntas de Gobernadores del Fondo Monetario Internacional
y el Grupo del Banco Mundial,
en las deliberaciones anuales conjuntas**

Señoras y Señores,
distinguida audiencia:

Sean todos bienvenidos a la República Checa y a Praga. Doy la bienvenida a los participantes en la sesión anual del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, a todos los empresarios, banqueros, economistas, politólogos, ecologistas, pensadores, periodistas y a todas las personas de buena voluntad, que han venido a este lugar porque aquí se hablará, y, probablemente, se tomarán decisiones para nuestro futuro común. Es para nuestro país y para su capital un inmenso honor que esta gran reunión de miles de personas de todos los países y continentes, entre ellas personas de muchísima influencia, se celebre aquí y además en este año, en un momento que se percibe de forma general como el final de un siglo y el comienzo de otro. Para nosotros ello constituye un honor, una alegría, un gran reto y un gran compromiso. Confío en que Praga, que por vez primera en su historia milenaria es la anfitriona de este encuentro de auténtica importancia mundial, ofrecerá un ambiente ameno y quedará inscrita tanto en la memoria de los participantes como en la historia de la cooperación mundial. Desde luego, Praga dispone de ciertos precedentes históricos: gracias a su situación geográfica en el centro de Europa, ha sido durante siglos, entre otras cosas, un lugar de confrontaciones y conflictos, aunque también de encuentros creadores, respeto mutuo, influencia recíproca y cooperación de distintas culturas, distintas naciones y etnias, distintas corrientes espirituales y movimientos sociales. Esa pluralidad ayudó a crear el rostro de la ciudad. Sería bueno, si después de decenas de años de opresión, falta de libertad y aislamiento, después de haber doblado el espinazo, lográsemos recordar la antigua tradición, ofreciendo al mundo esta ciudad como un espacio idóneo donde discutir abiertamente sobre nosotros mismos.

La catedral de los Santos Vito, Wenceslao y Adalberto domina Praga y la torre gótica domina la catedral. Quizás se hayan fijado que en estos momentos la torre está cubierta de andamios. Esto se debe a que, por primera vez desde que se levantó y, por así decir, a última hora, es objeto de una complejísima reconstrucción. El andamio oculta temporalmente la belleza de la torre. Sin embargo, oculta esa belleza para que podamos salvarla para el futuro. Me agradaría si pudiéramos entender este ejemplo como una metáfora y si pudiéramos declarar de este país que, igual que en otros países postcomunistas, algunas de sus buenas disposiciones no se perfilan con suficiente fuerza, debido a que el país entero está cubierto de andamios, porque está sufriendo una extensísima reconstrucción, en la que vuelve a buscar, esta vez con absoluta libertad, su verdadero rostro y su identidad, para intentar salvarla y reconstruirla.

Sería perfecto si la comparación pudiera tener un valor más general y si pudiéramos cifrar esperanzas en que detrás de algunos fenómenos poco atractivos de nuestro mundo se ocultan los embriones del esfuerzo por salvar, mantener sostenidamente y desarrollar de manera auténticamente creadora los valores que nos ofrecen la historia de la Naturaleza, la Historia de la Vida y la historia de la Humanidad.

Señoras y Señores:

Uno de los temas principales de diversas discusiones sobre la situación del mundo actual y, de hecho, también de discusiones sobre la misión de las instituciones de Bretton-Woods, es la pobreza cada vez más profunda que afecta a miles de millones de personas y la interrogante de cómo afrontar esta pobreza y cómo combatirla.

Me temo que ese tipo de discusiones nos expone a un peligro, a saber, el peligro, de que, instintivamente vayamos a percibir la pobreza como la desgracia de unos y la lucha contra ella como la tarea de otros, como si el azar hubiera dividido a la Humanidad en dos grupos: un primer grupo, relativamente pequeño, de personas o países que, por lo general, viven holgadamente y, un segundo gran grupo de personas o países que viven muy mal, de lo cual se desprende que el primero debería ayudar al segundo financieramente e intelectualmente, por razones humanitarias y de seguridad.

Cuando se percibe el mundo de tal manera, hay un solo paso hacia la muy extendida y errónea doctrina de que los más pudientes viven con más holgura, porque, como quien dice, han ganado la victoria sobre el universo y sus misterios, han descubierto sus leyes y han sabido aprovecharlas con destreza, en una palabra, se las saben todas, mientras que los otros, por contrario, no han entendido muchas cosas o simplemente no son capaces de entenderlas. Por lo tanto, para conseguir mejorar el mundo, basta con que los primeros entreguen una parte de su bagaje a los segundos.

Como todos sabemos, no es éste el caso.

La enorme pobreza que existe en nuestros tiempos es una de las manifestaciones más visibles de nuestra civilización, tan llena de contradicciones, civilización que, de alguna manera, conformamos todos juntos y en la que todos somos responsables de lo bueno y de lo malo y donde nuestra tarea común consiste en solucionar los problemas que esta nos plantea.

Nadie puede decir que es el que mejor lo sabe todo: todos somos criticables y ninguna voz debería despreciarse de antemano.

Una sola civilización global ciñe nuestro Planeta. Con certeza puede decirse que es la primera vez que esto ocurre en la historia del género humano. Esta civilización tiene naturalmente otra característica primordial, y es que, por la forma de sus movimientos internos y por sus principales manifestaciones exteriores, es, a todas luces, la primera civilización esencialmente atea, independientemente del hecho que miles de millones de personas profesen una religión de forma más o menos activa.

Esto significa que los valores sobre los que se asienta nuestra civilización no tienen relación con la eternidad, el infinito o lo absoluto. Por eso, en muchos centros de toma de decisiones, se pierde la preocupación por lo que vaya a venir después de nosotros, la preocupación por intereses auténticamente generales.

Por eso es posible que en este mundo, que dispone de una suma inimaginable de conocimientos sobre sí mismo y en el que a vertiginosa velocidad se distribuyen todo tipo de informaciones sin censura alguna, capitales, bienes y cultura, un mundo del que difícilmente podemos declarar que no es capaz de prever la alternativa de su futura evolución, es un mundo donde el hombre suele comportarse como si todo fuera a terminarse con el fin de su propio paso por la Tierra, saqueando los recursos naturales que no son renovables y violando el clima terrestre, alejándose de su propia identidad, liquidando comunidades humanas que pueden abarcarse con una simple mirada, y, de manera general, acabando con la dimensión humana, tolerando el culto del lucro material como valor supremo, culto ante el que todo debe apartarse y ante el que suele caer de rodillas la propia voluntad democrática. Con apatía nos conformamos ante el alarmante hecho de que, aunque sigue aumentando con celeridad el número de seres en la Tierra, la generación de las riquezas ya no va de la mano de la creación de valores auténticos y coherentes.

Sencillamente, las paradojas entrelazan nuestra civilización. Por una parte ofrece posibilidades que, hasta hace poco, podían considerarse como fabulosas y por la otra, demuestra una capacidad bastante débil para impedir que en muchos lugares se llene de un contenido peligroso o que se abuse directamente de esas posibilidades.

Así pues, son numerosos y graves los problemas que la acompañan. Las presiones civilizadoras de uniformidad y el hecho de que estamos cada vez más cerca los unos de los otros suscitan la necesidad de subrayar nuestra alteridad, a todo precio, lo que suele desembocar en un fanatismo étnico o religioso. Aparecen nuevos tipos de criminalidad muy sofisticados, crimen organizado y terrorismo. La corrupción florece. El abismo entre los pobres y los ricos se ahonda y mientras hay lugares donde las gentes mueren de hambre, en otros lugares es costumbre, por no decir obligación social, derrochar.

Naturalmente se viene dedicando mucha atención a todos estos problemas y los respectivos países, las instituciones internacionales y las diversas organizaciones gubernamentales y no gubernamentales intentan encontrar soluciones.

Sin embargo, me temo que esas medidas o acciones, difícilmente logren cambiar, de manera fundamental, el rumbo de la evolución si no empieza a cambiar algo en el terreno ideológico del que brotan los modelos actuales de comportamiento humano, actividades empresariales y cooperación.

Muchas veces oímos hablar de la necesidad de reestructurar la economía de los países en vías de desarrollo o de los países menos ricos y también sobre la obligación que tienen los países más afortunados de ayudar a los primeros. Si se procede con sensibilidad y sobre el trasfondo de un profundo conocimiento del ambiente concreto, de los intereses y las necesidades específicos, ciertamente, esta actuación es buena y necesaria. Aunque yo considero que es mucho más importante, como salta a la vista, que empecemos a pensar también en otra reestructuración: la del propio sistema de valores en el que se apoya nuestra civilización actual. Esta es la tarea que incumbe a todos. Es más, me atrevería a decir, que incumbe más a los que viven con mayor holgura material.

La edad moderna euroamericana ha fijado el rumbo de la actual civilización planetaria, o si quieren, de la civilización global. Fueron sobre todo aquellos que hoy forman parte de los más ricos y desarrollados. Por esta razón, no se les puede eximir de la obligación de reflexionar, de forma crítica, sobre los movimientos que históricamente han inspirado.

Señoras y Señores:

Todos sabemos que se pueden inventar mil y un instrumentos reguladores ingeniosos que protejan el clima terrestre, los recursos no renovables, la biodiversidad, el aprovechamiento local de las fuentes, la identidad cultural de las naciones y la dimensión humana de los asentamientos, la libre competencia y las sanas relaciones sociales.

Con todo ello, naturalmente, es posible limitar la amenaza de un insensato desmoronamiento de la civilización, limitación que persiguen muchas personas y muchas instituciones.

Ahora, se trata de reforzar esencialmente el sistema de normas morales, generalmente compartidas, para impedir a escala mundial que distintas reglas puedan ser burladas, una y otra vez, con más ingenio del que fue necesario para inventarlas. Se trata de crear unas normas que potencien el peso de esas reglas, que despierten en la sociedad el respeto natural hacia las mismas. Los actos que de manera evidente ponen en peligro el futuro del género humano deberían ser, simple y llanamente sancionables, pero, sobre todo, deberían ser percibidos generalmente como actos vergonzosos.

Es poco probable que esto ocurra, si todos nosotros no encontramos el ánimo para cambiar profundamente el orden de valores y generar uno nuevo que seamos capaces de compartir y venerar juntos, en nuestra diversidad, integrando nuevamente esos valores en lo que se encuentra más allá del horizonte inmediato de nuestros intereses personales o de grupo.

Cabe preguntar: ¿Cómo conseguirlo sin un nuevo y poderoso auge de la espiritualidad humana? ¿Cómo ayudar concretamente a despertar ese auge?

Estas son cuestiones fundamentales que llevo a os planteándome y que, con certeza, se que muchos de ustedes se han planteado también y que, a mi juicio, no podrán ser evitadas en las discusiones praguenses.

Distinguidos presentes:

Estoy firmemente convencido de que sus debates serán un éxito, que ustedes coincidirán en importantes estrategias, programas y reformas. Pero, como es evidente, tengo fe en algo más: espero que desarrollen sus debates en aras de un diálogo extenso, abierto y amistoso sobre el mundo actual, sus problemas, las causas profundas de estos problemas y la manera de solucionarlos. Estoy seguro de que nadie a quien le importe el noble futuro del género humano en el planeta Tierra, no debe ser excluido del debate, aunque esté cien veces equivocado. Todos debemos vivir en nuestra Tierra, los unos al lado de los otros, sean cuales sean nuestras creencias; a todos nos amenaza nuestra propia miopía, nadie puede desasirse de nuestro destino común.

Tal como están las cosas, a mi juicio, nos queda una sola posibilidad, la de buscar dentro de nosotros y a nuestro alrededor nuevas fuentes de responsabilidad, nuevas fuentes de

entendimiento y solidaridad y de humildad ante el milagro de la existencia, la capacidad de resignarse en aras del interés común y de hacer algo bueno incluso, aun cuando no sea visible y aunque quizás nadie lo aprecie.

Señoras y Señores:

Permítanme que para concluir vuelva al tema de la catedral que mencioné al comienzo. Pienso que las primeras personas en calcular sus beneficios fueron los hoteleros de Praga en el momento del restablecimiento de la economía de mercado en la República Checa. En estos días es aún más cierto.

Entonces, ¿porqué alguien, en un pasado remoto, se tomó la pena de construir algo tan costoso y, desde el punto de vista actual, tan poco útil?

Una de las posibles explicaciones es que, quizá, hubo momentos en la historia, en los que el beneficio material inmediato no constituía el máximo valor en la vida humana, en los que el hombre sabía que hay misterios que nunca entenderá y ante los que puede estar de pie en humilde admiración, o bien demostrar su admiración levantando edificios cuyas torres apuntan hacia arriba. Hacia arriba y más allá de las fronteras de los tiempos. Hacia arriba, hacia el infinito. Hacia el infinito, que por su silenciosa existencia excluye el derecho del hombre a comportarse en el mundo como si se tratara de una ilimitada fuente de beneficio inmediato, y le exhorta a la solidaridad con todos los que viven debajo de su misteriosa bóveda.

Una vez más, les agradezco su atención y les deseo éxito en sus sesiones.